31761 07065169 0

Durán, Alfonso
Flores de un otoño

PQ
7797
D8F5

ALFONSO DURÁN

FLORES DE UN OTOÑO

Qui non diligit manet in morte.

PRÓLOGO DE

JUAN JOSÉ DE SOIZA REILLY

Casa Editora: ANTONIO MOLINARI

Talcahuano 1256

BUENOS AIRES

- 1922 -

R 200.

FLORES DE UN OTOÑO

LIBRARY
FEB 28 1972
UNIVERSITY OF TORONTO

PQ
7797
D8F5

PROPILEO

A Joanne Josepho de Soiza Reilly

(Confectum)

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/floresdeunotoo00dur

PROPILEO

Alfonso Durán es un poeta de poesías. No es como muchos rimadores, un poeta de versos solamente... Con profundo conocimiento del teclado, ha puesto en verso, — ¡cosa rara y difícil!, — ¡su propio corazón... Pero un corazón sensible a las bellezas exquisitas del arte y sensible a las tragedias del dolor popular...

Leyendo sus versos, sin conocerle, se le conoce a fondo. Bajo la música que mueve sus estrofas, el lector advierte la presencia de un espíritu bueno. Espíritu blanco. Espíritu de pan. Espíritu de lluvia. Espíritu de sol. Espíritu de hombre digno de la mano de Dios...

Así, lo primero que se nos ocurre al leer los versos de Alfonso Durán, es pensar en su vida. ¿Será tal como se transparenta en la luminosidad de sus canciones?

Armando Carrel, autor del "Ensayo sobre la vida y los escritos de Pablo Luis Courier", comenzó su trabajo diciendo:

"La vida de un escritor es el mejor comentario de sus obras."

¡Admirable síntesis! Admirable enseñanza para los escritores de oropel que escriben con disfraz. Tiene que ser muy falso el escritor cuyas obras no sean el reflejo directo de su propia vida...

—¿Mi historia? Yo no tengo historia, amigo mío...

—¿No tiene historia?

—He pasado mi vida en el estudio, escribiendo, enseñando, sufriendo, viviendo en la paz provinciana... no he podido nunca tener una historia...

—¿Le parece a Vd. poco argumento la humildad de su vida para hacer una historia? Tiene historia quien vive sin historias...

Alfonso Durán se asombra de mis paradojas. Sonríe dulcemente. Inclina la cabeza hacia el suelo. Se resigna...

—Aprendí las primeras letras en una escuela graduada de Santa Fe, que dirigían Enrique Muzzio y Segundo Gómez.

Después, a los 11 años, ingresé en el Colegio de los Jesuítas, al cual estaba entonces anexo el Seminario.

Fuí condiscípulo de Gustavo Martínez Zuviría. El me ganaba en prosa; creo que yo le ganaba en verso. Nuestro profesor de Literatura era el P. Luis Feliú, uno de los espíritus más bellos que he conocido, y que actualmente escribe una monumental Historia de la Literatura. Desde que tuve uso de razón quise ser sacerdote. En plena época de anticlericalismo sentí la belleza de ser bueno, dándome todo entero a la causa de Cristo. Puse tanto empeño en concluir mis estudios, que a los veintidos años y medio de edad conseguí ordenarme.

Pero fué menester dispensa papal. El Derecho Eclesiástico exige 24 años; en la Argentina los

Obispos pueden dispensar un año ordenando a los 23 cumplidos. Pude, por fin, el 1.° de enero de 1906, cantar en Santa Fe mi primera misa... ¡Qué emoción tan intensa! ¡Qué extraña vida nueva rejuveneció toda mi vida!...

—¿Después?

—Después me consagré de lleno a estudiar medio día y a enseñar otro medio. Y en los momentos de descanso me dediqué a escribir. Si en mis versos pongo todo cuanto siento, en mis prosas periodísticas, discursos y conferencias, derramo toda la sinceridad de mi amor al que sufre. Al que sufre miseria de pan y al que sufre miseria de luces!...

Los que me combaten, tal vez tengan razón porque no me comprenden... Cuando se agitó apasionadamente en Santa Fe la idea de fundar la Universidad del Litoral, me puse en la falange de los innovadores. Publiqué artículos defendiendo la nueva casa de estudios y poniendo a salvo mis creencias religiosas. Procuré deslindar ambas cosas. Defender la reforma no significaba, a mi juicio, ir contra la Religión. A tiempos nuevos, cosas mejores... Hace ocho años, cuando era un escándalo siquiera decirlo, defendí el voto de la mujer, así como propuse una ampliación de sus deberes civiles y políticos.

Después, por un artículo en favor del proletariado, se me llamó anarquista. Se me acusó al Sr. Obispo; pero el Sr. Obispo no encontró motivo de condena... Este episodio en substancia se ha repetido varias veces. Y así, todas las asperezas que

tienen mis trabajos, son las aristas naturales con que suelen herir las verdades o errores sinceros... En mi vida sacerdotal he tratado siempre de darme por completo a mis obras. He fundado una capilla en Alto Verde; no sé si Vd. sabe lo que era Alto Verde! Fuí cuatro años Profesor del Seminario, y lo mismo allí que desde mis cátedras del Colegio Nacional, desde mi puesto de capellán de un colegio de religiosas, o de consultor diocesano, me empeño siempre en ser, no sé si decir el mismo cura aldeano de Cañada Resquín o el sencillo y democrático sacerdote que piden los tiempos de hoy. Esta es toda mi historia. — "Ya ve Vd., amigo mío, que no se puede llamar historia a la vida de un hombre, como yo, sin historias...

—¿No? Sí!...

Estas historias sencillas y humildes, son las que mejor enseñan a vivir sin orgullo. Es necesario conocer la tristeza de las ciudades interiores, para comprender cuánto esfuerzo heróico se malogra en el aire... Los seres que en este ambiente se consagran a la educación, realizan una tarea que nadie ha de premiar. Enseñan sin recoger el fruto. Trabajan por el progreso del país, sin que la Patria sepa que ellos han trabajado para engrandecerla. Los laureles sólo alcanzan para los que triunfan en la calle Florida...

Alfonso Durán, virtuoso sacerdote, es uno de esos caballeros del ideal, que luchan por el ideal. Que bregan sin pensar en la vida que gastan defen-

diendo ese ideal. Ha hecho vibrar su elocuencia en templos y teatros de la República, solicitado por instituciones diversas; pero sus complejas y múltiples ocupaciones lo sitian en Santa Fe.

Su biografía cabe en un verso escrito por él mismo:

"Un ave que a veces canta
Y al cantar cierra los ojos..."

En estas horas de rabia colectiva son saludables estos hombres de acción que atraviesan las aulas y la sociedad cantando ternuras para el prójimo. Antes eran solamente los pobres los que odiaban a las clases ricas. Era casi un odio natural. Pero, ahora, el odio viene de arriba. Ahora son muchos los ricos que odian a los pobres, como si el sermón de la montaña no se hubiera pronunciado jamás... Hubo un tiempo en que era una originalidad aconsejar a los hombres el odio a sus semejantes. Hoy son originales los que predican la concordia humana...

Alfonso Durán, es uno de estos hombres originales.

En inteligencia y en espíritu se ha consagrado al bien, con la paciencia loca y el amor fraterno de Francisco de Asís.

La filosofía del perdón vibra en todos sus versos radiantes. Es un misericordioso. Oíd, como ejemplo, una de sus bellísimas estrofas, inspiradas en cierto condiscípulo suyo que cayó en las sombras de la bohemia delictuosa:

"Es un alma de luz, un alma buena.
Su corazón se asusta de sí mismo...
Quizá por dar la mano a un miserable
Se acercó tanto que cayó al abismo."

———

Ya os he dicho cuanto sé del autor de este libro. Tenéis en las manos la obra de un espíritu tan elevado que conoce la sabiduría de andar al nivel de los hijos de Dios.

Es un espíritu de hombre cuya madre vive dentro de él mismo, como si ella, al darle vida, le hubiera dado también su ternura de madre...

JUAN JOSÉ DE SOIZA REILLY.

Santa Fe, 1922.

No ha parecido al editor fuera de lugar, publicar aquí, después del anterior capítulo del brillante Soiza Reilly, algunas líneas de una carta dirigida al poeta Alfonso Durán, por el eminente literato y académico español Dr. Don Ricardo León, en que se hace un merecido elogio de las poesías del anterior volumen que Alfonso Durán diera al mundo.

Helas aquí:

Presbítero Dr. Alfonso Durán.

Respetable señor y querido amigo:

Ya es hora de que le escriba, teniendo como tengo cuentas pendientes con Vd. Mis muchas ocupaciones fueron retrasando esta carta y espero que me perdonará, ya que tal falta no menguó en nada la devoción que le profeso.

Sus poesías me agradaron muchísimo; y así tenía que ser, pues con tan dulce inspiración, brillante sencillez y sinceridad exquisita, expresa en ellas toda la nobleza de sus sentimientos y excelsas emociones.

Hay estrofas de una música magistral.

Ya sabe Vd. el hondo afecto y estimación que le profesa este su devoto servidor y amigo.

Ricardo León.

Madrid, septiembre 21 de 1921.

Yo siempre mojo la pluma en el corazón.
Estas poesías brotaron así,
y así reunidas las doy al mundo.
¡Adelante, corazón mío!...

¡Aquí van!...

Aquí van... son un salterio
De vibraciones vividas;
De flores estremecidas
En cuna y en cementerio.

Son dolor y son pasiones,
Ansia férvida de alturas,
Y grietas de sepulturas
Y escombros de corazones.

Un ave que a veces canta
Y al cantar cierra los ojos,
Porque un puñado de abrojos
Se entreanuda en su garganta.

Lamentos que son protesta;
Que gimen, gritan e imploran
Al sentir que muchos lloran
Y que nadie les contesta.

Alientos, luchas, pendones,
Ecos de clarín remotos,
Espadas y escudos rotos,
Banderas hechas girones.

Astros que no tienen cielo
Como fondo a su existencia;
Flores cargadas de esencia
Que agonizan entre el hielo.

Aljófares que caen suaves
En la esmeralda de fronda,
Como gemas de Golconda
Salpicando plumas de aves.

Y mucho cariño hermano,
Y mucho de unción divina
Y mucha patria argentina
Y mucho amor de cristiano.

¡Soñaba con Primavera!

Quiero decirte que me traigas flores,
Y un lazo de esa luz que se desfloca;
Yo en cambio te daré versos y amores
Que un manantial de miel fluye en mi boca

Quiero decirte que pues todo exulta,
El bosque, el prado, el valle, las arenas,
¡Ay!, no te olvides que el pesar sepulta
Muchas penas en mi alma... muchas penas.

Todo en un mar de júbilo se anega:
La tierra, el firmamento, el océano,
Y a veces tanto gozo a hacer no llega
Que resucite el corazón humano.

Pero sí que ya siento tus murmullos,
Ya juegan sobre mí tus mariposas,
Ya siento que me besan los capullos
Con que exhalando fuego abren las rosas.

No quedan en redor nublos adversos,
Caricias vierte el resplandor del día,
Y en raudales de amor te doy mis versos
Empapados en néctar y ambrosía.

¡Oh Primavera, ven!: sobre mi frente
Salpica de tu manto las centellas:
Tus mañanas me den su luz viviente
Y tus noches me otorguen sus estrellas.

Colúmpianse en bandada las palomas,
Vibra el ritmo en mi labio balbuciente,
Y me adormezco respirando aromas
De tu noche en el plácido relente.

¡Oh Primavera, ven!: quiero que vuelva
Tu encanto a mi alma, pues por ti suspira;
Quiero que el ruiseñor cante en mi selva
Y que mi corazón cante en mi lira.

Desciendan a mi pálido semblante
De tu inocente magia los hechizos,
Como desciende en eclosión flotante
De hermosa virgen el caudal de rizos.

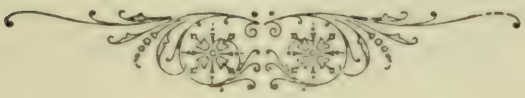
Y yo mi lira templaré en tu canto,
Mi arpegio sonará junto a tus notas,
Ya en mis ojos no habrá sangre de llanto
Ni en mi tremente lira, cuerdas rotas.

Yo escucharé tu voz entre los trinos
Con que hablan al girar las golondrinas,
Y del aire en los cantos argentinos
Cuando tiembla al rozar las casuarinas.

Yo te amo, Primavera, te amo y siento
Que al invocarte en férvido desborde,
Va un girón de mi ser en cada acento
Y un retazo de mi alma en cada acorde.

Mas de pronto neblina... ni siquiera
Una flor, una alondra... ni un retoño;
Pobre de mí, soñé con Primavera:
Despierto, y por doquier en pleno Otoño.

FLOR DE PERDON



Flor de perdón

Muge el viento en la calle solitaria;
Cae frígida llovizna,
Y una infeliz mujer de raza paria
Tiembla, al marchar, como azotada brizna.

Envuelta con harapos, contra el seno
Oprime tiernecita criatura,
Descalza va... sobre ella ruge el trueno;
Fuera, desolación; dentro, amargura.

A un pórtico llegó, se acerca, llama;
¡Ay, cuánto tiempo espera!
¡Qué despiadado el huracán rebrama!
¡Qué voz del interior tan lisonjera!

El pórtico se abrió;—Noble señora
¿Recuerda? fuí criada...
—Y por qué me fastidias a esta hora,
¿Siempre has de ser la misma atolondrada?

—¿Piensas que tu delito yo ignoraba,
Que esa carga es el fruto de un pecado?
—Pero Cristo, señora, perdonaba;
Se muere de hambre, está desencajado.

Que muera yo no importa, soy culpable;
De mí no haya clemencia;
Pero si yo soy toda miserable
El es todo capullo de inocencia.

Yo bien sé que tan sólo Dios perdona,
Que una sentencia escrita hay en mi frente,
Mas sobre vos oscila una corona
Si la vida salváis de este inocente.

Muere de hambre, señora, muere de hambre;
Enferma yo también, exhausto el seno,
Tiembla mi ser con frígido calambre;
Dios te lo pagará, Dios que es tan bueno...

Un portazo resuena, todo oscuro...
El cielo, el aire, las conciencias... todo;
Oh, los ricos no pecan, de seguro,
Jamás su veste la salpica el lodo.

Pobre Jesús que tanto perdonaba
Y a Magdalena redimió aquel día,
Y su vida a la adúltera salvaba
Y las puertas del Cielo les abría.

Y siempre manantial de dulcedumbre
Al buen ladrón en cruz tanto lo quiso,
Que exclamó al contemplar su pesadumbre:
Hoy conmigo entrarás al Paraíso.

FLOR DE LA CALLE

Flor de la calle

Me miraba aquel niño, y en sus ojos
Yo no sé lo qué había;
Pero era hermosa su mirada, y dulce,
Y lastimera, y sollozante y fría.

Y lo llamé y le dije: no te asustes,
Quiero hablarte, querido;
Y se acercó temblando como tiembla
El pichonzuelo que perdió su nido.

—¿Por qué estás triste, dí, por qué no juegas
Como los otros niños?
—Porque desde que usted me hizo caricias
Siento en mi ser el hambre de cariños.

—¿No tienes madre acaso que te quiera?
¿Perdiste ese tesoro?
Y con voz de amarguras infinitas:
—No sé si habré tenido, yo lo ignoro.

Y yo que tengo madre, entonces siento
Que huye de mí la calma;
Una congoja inmensa que me envuelve,
Un mundo negro que me oprime el alma.

—Flor que bañó tan sólo la amargura,
Sueña que soy tu padre,
Aunque mil *besos* de mis labios fríos
No valgan lo que un *beso* de una madre.

—Flor crecida entre cardos y entre escarchas,
Sin una primavera,
Flor sin padre, sin madre, sin hermanos,
Sin un ser en la vida que te quiera.

—Ven, más bella es la lágrima de angustia
Que en tu párpado oscila,
Que la risa falaz de tantas almas
Que sólo escarnio y perversión destila.

—Y te llaman vicioso, callejero,
Alma degenerada,
Porque haces travesuras que en sus hijos
Son tan sólo una gracia... una monada.

—Ignorante, harapiento, sucio, vago;
Son esos los conjuros;
¡Cuánto mejor si en educarte dieran
Lo que ellos gastan en cigarros puros!

¡Ah, si en lugar del Rhin y del Champagne
Con que se brinda tanto,
Dentro tu corazón viviente copa
Se bebieran las gotas de tu llanto!...

¡Oh, qué dulce la vida entonces fuera
Sin chicos de la calle,
Dando esencia las flores de la cumbre
A las que el viento arrastra por el valle!

Ven a mis brazos, ven, que aún en el páramo
Tengo pan en mi tienda,
Y te dará calor más que mi techo
De mi cariño la cristiana ofrenda.

Tú me darás candor, yo mis consejos,
Que en mis rápidos años
Aprendí a fabricar miel de esperanzas
Aún con hierba fatal de desengaños.

Toma otro beso... quiero que en tu frente
Se deshaga en amores,
Para alumbrar las almas egoístas
Y trocarlas en lámparas de amores.

AL MAR

Al Mar

(A bordo del "Reina Victoria Eugenia").

Yo no sé lo que quieren tus ondas,
Yo no acierto lo que ellas me hablan,
Cuando vienen rugiendo hasta el buque,
Así gigantescas, así destrenzadas;
Unas veces cual montes azules
Otras veces color de esmeralda,
Cual si fueran poemas disueltos
De dichas fingidas, quizá de esperanzas.

Yo no sé lo que quiere tu espuma,
Tu espuma tan blanca,
Que se ve inconfundible de lejos
Cual viene, se hunde, se encrespa y avanza
Coronando la sien de la ola,
Y al chocar en otra ola, su hermana,
Las dos se destrozan... de amor, no de rabia;
En caricias se rompen vibrantes,
Besándose suben, besándose bajan:
Y como un surtidor de diamantes,
De perlas, de polvo de plata,
Caen de nuevo a la mar infinita
Coronando a otra ola
Que en la brega perdió su guirnalda.

Y mi vista se pierde... se pierde...
Ni tu fin ni tu fondo ella alcanza,
Y eso que antes se hundió muchas veces
En mar más tremendo, el mar de las almas;
Y anduvo en su fondo, y halló en sus misterios
Puñados de perlas en conchas de nácar.

Oh Mar, al mirarte,
El arcano al mirar de tus aguas
Tan vivas, tan bellas,
Azules o verdes o negras o blancas,
Que se encorvan en arcos sublimes
Que después coqueteando se agachan,
Que se expanden bordadas de espuma
Y así perezosas respiran, se alargan,
En la vida yo pienso del hombre:

Tan llena de cumbres, abismos y lágrimas,
De pasiones que llegan rugiendo,
De emociones que mueren calladas,
De esperanzas que son sólo espuma,
De rumores que pierden sus alas,
De gaviotas que siguen... que siguen
Fingiendo que adornan del buque las gavias,
Trazando volutas,
Fingiendo poemas de plumas en marcha,
Y es el hambre, quien sólo las lleva,
De comer aunque sean las piltrafas.

En la vida yo pienso del hombre,
Del hombre que aguarda

Que una ola se lleve sus penas
Y viene, y él piensa ser menos amarga,
Y un instante se riza su vida
Para luego venir aún más bravas;
Otras cien y otras cien que lo empinan;
Otras cien y otras cien que lo aplastan.

Y como esos preciosos encajes
Que parecen vellones de lana,
Que parecen diademas de esposa
Que parecen de cisnes hamacas,
También a los hombres
Una ola los alza
Para luego caer como polvo
A la tumba que todo lo allana;
Que su gloria fué tul engañoso,
El turbión los vellones arrastra,
Los columpios de cisnes se esfuman,
Las diademas de esposa se ajan.

Y en tanto prosigues,
Oh Mar, con tus ansias
Golpeando el espacio infinito,
Golpeando del buque las bandas,
La conciencia golpeando del hombre
Y también la pared de mi estancia,
Yo no sé si con rabia o con pena
O con mezcla de pena y de rabia.

Mas yo sé que al chocarse tus ondas
En dulces poemas de amores estallan,

Y abrazadas se elevan jadeantes
Y en dulces caricias también caen cansadas:
Y los hombres si chocan se hieren,
Y los hombres si chocan se matan;
O sonríen quizá por delante
Y afilan su lengua con punta de espada,
Para herir, despreciables, de lejos,
Para herir a traición por la espalda.

Oh Mar, eres bueno;
Para ti hay mucho amor en mi alma;
Tú temblando reflejas los cielos
Y te agita cualquier débil racha.

Oh Mar, yo te quiero;
Te quiero en tus furias, te quiero en tus calmas,
Te quiero en tus noches,
Te quiero en tus albas,
Que si a veces te enojas de veras
Y algún barco tragas
Es que has visto los odios del mundo,
Es que te han amargado de infamias:
Que más buques hundió de los hombres
La fiera venganza;
Que más buques hundieron las minas,
Cañonazos, torpedos, bombardas,
Que tu furia terrible si quieres,
Mas que a veces tan solo desatas.

Oh Mar, yo te quiero;
Yo te quiero y te llevo en mi arpa;

Tus cariños de atleta he guardado,
Tu canto, tu risa, tu amor, tu pujanza.

Oh Mar, yo te quiero,
Tu llanura recuerda mis pampas.
Si te vi azul y blanco
Pensé en mi bandera, soñé en mi mortaja,
Cuando verde, yo vi mi destino,
Cuando negro yo vi mis nostalgias.

Oh Mar, yo te quiero;
Yo te quiero y aunque me tragaras
Tu nombre inefable jamás maldijera;
Muriera tranquilo pensando en mi patria,
Un beso de fuego mandando a mi madre
Y a Dios... mi plegaria.

Diciembre 12 de 1919.

LLEGARA!...

¡Llegará!...

Yo quisiera una raza; yo quisiera
Que, pues Dios ha tendido un solo cielo,
Una sola también la raza fuera
Fundidas por amor en una sola
La negra, la amarilla, la española,
Rusos, franceses, anglos, alemanes!...
Que de un confín al otro el Universo,
Ya que sólo es un sol quien nos alumbra,
Cantara palpitante un solo verso.

Yo quisiera una raza, una tan sólo,
Sin guerras, sin rencores,
Sólo por juez para fallar las causas
El Cristo que murió, brazos abiertos,
Deshecho todo, en expresión de amores.

Una raza tan sólo yo quisiera;
Una raza de hermanos,
Donde el genio de todas se fundiera:
Una sola visión, una bandera,
Y todos por conciencia soberanos.

Una sola república surgiese
Cuya sola bandera contuviese

Las demás con belleza peregrina:
No es que te niegue, oh Patria, antes la muerte;
Es que en aquel pendón sublime y fuerte
Leyérase también "Gloria Argentina".

Fuese la raza humana aquella raza
Cubierta toda por el mismo cielo,
En la cual cada lágrima vertida
Se evaporase siempre en un consuelo.
No hubiese allí opresores ni oprimidos:
En las dolientes llagas del hermano
El bálsamo pusiéramos cristiano
Y un gajo de laurel a los caídos.

No hubiera allí penumbras en las almas
Ni hubiera torturados corazones,
Ni invirtieran los pueblos sus millones
Rencor sembrando y deshaciendo vidas.
En guerras fratricidas,

Unica ley aquel nuevo mandato
Que Jesús pronunció para nosotros,
Cuando mandó a los hombres
Que se amaran los unos a los otros.

La ley de amor, la nueva ley que él quiso
Dejar grabada en inmortales huellas:
Ley que hará del planeta un paraíso
Cuando en nuestra alma todos la grabemos
Como lo está en el cielo con estrellas.

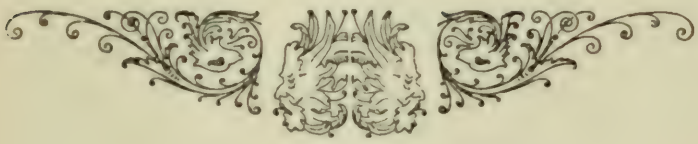
Hora de redención, hora suprema
Que llegará algún día,
Aunque antes crucen siglos y más siglos
Si del odio es tan grande la porfía.

Nada bello se gesta en un instante:
Largo rodar de innumerables siglos
Tardó en surgir la Creación radiante:
Y eso que Dios de haberlo El pretendido
Mares, montañas, selvas, luz, auroras,
Vibraciones y vida y movimiento,
Todo pudiera haberlo El encendido
Con el impulso sólo de un aliento.

Ya a veces tiembla el corazón de gozo
Como tiemblan los nidos
Cuando presienten que la noche acaba
Y por brisa auroral son sacudidos.

Ya en la línea remota
Que finge en sus misterios lontananza
Un surgir se adivina de bonanza;
A veces aleteo
De un ansia audaz que al porvenir se aferra.
A veces de victoria clamoreo:
Y entre el cielo y la tierra
La imagen de Jesús en cruz clavado,
Derramando el amor a borbotones
Para fundir con él la nueva raza,
Abrasando de amor los corazones.

¡OH ESTRELLAS... ESTRELLAS!...



¡Oh estrellas... estrellas!...

¿Qué lenguaje os habláis a distancia,
¡Oh estrellas... estrellas!
Qué lenguaje que es todo misterio,
Qué lenguaje que es todo belleza?...

Un espacio tan grande os separa,
¡Oh estrellas... estrellas!,
Y os habláis con mensajes de lumbre
Y los besos de luz os acercan;
Y a los hombres que Dios creó juntos
Yo no sé qué abismo siempre los aleja.

¡Ah, los hombres!... también Dios los hizo
Vivientes estrellas,
Destello infinito
Les dió de su esencia,
Y ellos mismos apagan la lumbre
En sus almas tan negras... tan negras.
¡Ah, los hombres! los vi muchas veces
Frunciendo las cejas
Doloridos de oir un elogio
Que de otros hermanos vibró en su conciencia,
Doloridos de ver que en la frente
De su hermano vibró una diadema,

Y apagaron la luz de su alma
Por no dar destellos de aplauso siquiera.
Renunciando a igualarse a los astros,
¡Oh estrellas, estrellas!,
Y nutriendo su propio veneno
Carcomidos de envidia y vileza.

Cuántas veces yo quise ser astro,
No por vana ilusión de soberbia,
Sino sólo, tan sólo
Por dar luz en las noches siniestras,
Por trocar los harapos del pobre
En clámide excelsa
Por dar fuego al hogar proletario
Donde en vez de acostarse se hielan,
Donde hay niños que mueren de frío,
Donde el padre famélico sueña,
Donde el lecho se moja si llueve,
Donde hay madres que de hambre están secas,
Sin leche en su seno,
Sin sangre en sus venas,
Sin risa en sus labios,
Sin llanto siquiera,
Pues de tanto llorar se extinguieron
De su alma las vetas,
Las linfas de su alma que sólo regaron
Abismos y valles de ortigas y piedras.

Cuántas veces yo quise ser astro
Por dar luz a las almas que sueñan,
Por fulgir de un dolor en la herida,

O hermosear de una nave la vela,
Por romperme en cascadas de lumbre
Y echarme a las plantas del mísero esteta,
Del sublime que cruza la vida
Ladrado de perros, sumido en tinieblas,
Punzado de abrojos,
Sin que nadie quizá lo comprenda.
Oh, seguid columpiándoos,
Estrellas... estrellas,
Dando luz con raudales inmensos
A infinitas esferas;
Y aunque sigan perversos los hombres
Oh... vosotras, seguid aún más buenas.

Hablando con un ave

Tú que cruzas el espacio, avecilla solitaria,
Tú que cruzas el espacio, siempre fija la mirada
En el mar del firmamento que es el mar de la esperanza;
No me dejes avecilla,
Baja, baja,
Y después remonta el vuelo, y meciéndote del aire
En las transparentes gasas,
Llévame lejos, muy lejos, adormecido en tus alas.

Llévame lejos, muy lejos, avecilla solitaria,
Entre el ritmo resonante de tus plumas nacaradas,
Siempre cantando, cantando, siempre rumbo a lontananza,
Y si sientes en el aire de la muerte la nostalgia,
Que te sorprenda cantando;
Que son más bellas las aves cuando al morir también
[cantan.
Llévame lejos, muy lejos, avecilla solitaria,
Donde no haya un ser humano;
Donde abajo sólo alfombra se contemple de esmeralda.
Donde arriba sólo el cielo con sus mundos de oriflama
Que en torbellino de chispas por la atmósfera resbalan;
Que traen fuego al corazón y que traen frescura al alma.
No me dejes, no me dejes, avecilla solitaria,
Llévame arriba, muy alto, donde la gloria del Cielo
Como en espumante copa
En mil y mil espacios se dilata.

Siempre arriba, siempre lejos, avecilla solitaria,
Donde todo es infinito, donde la atmósfera calla,
Donde me oprima en su abrazo el ángel de la esperanza,
Donde los astros se mecen, donde el tumulto se acaba,
Donde no llegan mensajes de la tierra, vil esclava,
Donde los ángeles cruzan, donde las horas se alargan,
Donde sintamos el roce de unas túnicas muy blancas,

Donde comienza lo eterno, donde están de Dios las playas.
Donde se oiga ya la música que en el Empíreo restalla,
Donde el festín de lo eterno
En espumante copa se dilata.

Y siempre, siempre inextinto el arpegio en tu garganta,
Siendo el ritmo de tu pecho el compás de tus romanzas;
¡Ah! si murieras entonces yo también morir ansiara:
¡Qué encantadora es el ave que al morir abre los ojos,
Estira el cuello, se estremece y... canta!

Llévame lejos, muy lejos, avecilla solitaria,
Donde no llegue el efluvio de este lodazal de infamias,
En cuyo fondo siniestro se revuelven tantas almas.
Arriba, donde otros soles se columpien en bandada,
Donde cual flores de fuego resurjan mil alboradas
Que doren nuestras cabezas, y crepitantes y aladas
Nos embriaguen con la gloria que desborda del Empíreo
Y en mil y mil espacios se dilata.

Avecilla que vas triste, avecilla solitaria,
No me dejes,
Yo sé que tu trino me habla;
Vamos, vamos;
Vuela, sube, gira, canta,
Que hasta la muerte me gusta
Cuando el ave al morir abre los ojos
Estira el cuello, se estremece y canta.

Las flores

Dadme flores, que las flores
Con su misterio me encantan,
Que son pájaros que cantan
Con perfumes y colores.

O si me engaña mi anhelo
Quizá las aves queridas
Serán flores desprendidas
Por embriagarse de cielo.

Quiero flores; de esas flores
Que sensibles se estremecen
Si los astros adormecen
En ellas sus resplandores.

Flores de esas que en la cumbre
En viejo tronco surgieron,
Vendavales resistieron
Y se empaparon de lumbre.

Flores de esas que en el valle
Los arroyos salpicaron,
Y en su lenguaje se hablaron
Hamacándose en el talle.

De las que forman sudario
A nuestra pampa infinita,
Y holló la planta proscrita
Del gauchaje legendario.

De aquellas que en paroxismo
Tanto amaron o sufrieron,
Que desmayadas cayeron
Hasta el fondo del abismo.

De esas que niño inocente
Tantas veces he regado
E iluso las he soñado
Tremolándose en mi frente.

De esas que hoy en mis antojos
Feliz cultivo en mi hogar,
Y feliz vuelvo a regar,
Mas... con llanto de mis ojos.

Pues lo mismo soy feliz
Si mis ojos se humedecen
Que si en mis labios florecen
Risas de alegre matiz.

De esas que en tierno capuz
Asoman su linda frente,
Donde aljofara el relente
O estallan besos de luz.

Y a veces quietas, muy quietas.
O temblando caprichosas
Se me antojan mariposas
Que se quedaron sujetas.

Me gusta verlas ornar
Los sagrarios del Señor

Y deshojarse de amor
Sobre el ara del altar.

Me gusta verlas ceñir
La sien de la desposada;
Es la ilusión coronada
Porque presto ha de morir.

Me gustan en los jardines
Y ornando los aljimeces;
Lástima que tantas veces
Las manchen en los festines.

Me gusta verlas temprano
O en clara noche de estrellas;
Me gusta alfombrar con ellas
El camino de mi hermano.

Y cuando mi cuerpo, helado
Esté quedándose ya,
Que no falte, no, ojalá,
Alguna flor a mi lado.

No ese cúmulo pagano
De coronas sin amor,
Sino alguna que otra flor
Que me traiga algún hermano.

Alguna que al oscilar
Sobre mi cadáver yerto
Recuerde que en el desierto
Bastantes hice brotar.

Dame conformidad

Yo puedo ver el cielo, puedo escuchar las aves;
Puedo amar la inocencia brindando mimos suaves
Al ángel andrajoso, al niño callejero;
Puedo gustar tus dones, Señor, pues ¿qué más quiero?

Yo puedo recordar tu gloria y tus bondades,
Yo puedo comprenderte allá en mis soledades;
Yo te amo. Tú me amas y aún más quieres amarme;
¿Podré anhelar más dicha, me atreveré a quejarme?

Yo tengo un corazón que a todo el mundo quiere;
Pido perdón si hiero, perdono a quien me hiere;
¿Podrá haber una dicha más grande en un cristiano
Que amar mucho y vivir de cuerpo y de alma sano?

Señor, yo soy dichoso; me has dado tantos bienes...
Yo te lo debo todo, pues Tú todo lo tienes;
Si alguna vez me envías desgracia, adversidad,
Para que sea dichoso dame conformidad.

Mirando a un condiscípulo bohemio

Sed cristianos con él, no es un malvado;
Los pájaros heridos son su gremio,
Cruza vertiendo sangre de su entraña,
Tenedle compasión: es un bohemio.

Es un alma de luz, un alma buena,
Su corazón se asusta de sí mismo;
Quizá por dar la mano a un miserable
Se acercó tanto que cayó al abismo.

Su corazón es vaso de ternura;
Todo su ser de caridad arcano;
Por eso a los soberbios que le befan
Contesta con dulzura: "adiós, hermano".

"Adiós, hermano", y en sus tristes ojos
Hay cien nostalgias de extinguida aurora;
Dadle, por Dios, si os pide, vuestro auxilio,
Veréis al punto cómo tiembla y llora.

Quizás entonces al fulgor de un rayo
Mira a la muerte devorar su herida,
El, que quiso apurar hasta las heces,
Y en un sorbo no más, toda la vida.

Es un harapo de existencia humana,
De sus angustias no conoce el premio;
No merece el escarnio, es un vencido;
No confundáis "apache" con "bohemio".

El vivió de ilusión, vivió de risas,
Fué ruiseñor gentil de alas abiertas,
Soñaba el pobre en góndolas doradas;
Hoy es sepulcro de esperanzas muertas.

Y aún, muerto en vida, su alma se estremece,
Y se yergue al sentir rumor de salvas,
Y el corazón porque no estalle oprime
Como perla oprimida entre las valvas.

Ni siquiera de espinas tiene nido,
No sabe dónde comerá mañana,
Y dice que su novia es una reina
Y que la luna pálida es su hermana.

Sabe historias de lagos encantados,
Le brindan con su amor aves parleras,
Le acarician de arriba los luceros
Y se duerme al compás de gondoleras.

Quizá mañana al Cielo alce los ojos
Y al ver que Dios le mira a la distancia
Entre quemantes lágrimas prorrumpa:
"Perdón, Dios de mi madre y de mi infancia".

"Perdón Dios de mi madre, yo te adoro,
Ya me siento morir, dame la mano,
Soy náufrago del mundo, llego al puerto,
Abreme tu regazo, soy cristiano."

LOCA DE AMOR

Loca de amor

"Duerme, hijo de mi amor, duerme, mi vida,
Luz de mis ojos, de mis penas calma,
Azucena de nieve desprendida
De un cáliz que surgió dentro de mi alma.

"Duerme, astro de mis noches, si tu padre
Abandonado te dejó en su encono,
No eres huérfano, hijito, aún tienes madre;
Duerme ángel de mi amor, yo le perdono".

Y la mujer lo mira, su semblante
Está convulso, de pesar deshecho;
Lo acaricia, lo arrulla delirante
Y lo oprime febril contra su pecho.

Y hay tal dejo en sus voces de honda pena,
Tantos desgarramientos en su arrullo,
Que parece una lívida azucena
Junto al yerto cadáver de un capullo.

Y sigue de la madre el triste canto:
"Duerme ser de mi ser, pedazo mío;
Tú, flor regada con mi amargo llanto,
Yo de tu rostro celestial rocío".

"No llores, por piedad, en cada gota
Que siento destilar de tus pupilas
Va rodando un girón de mi alma rota
Que jamás conoció noches tranquilas.

"Cuando calle mi voz ronca, sin brío,
Cantarán los querubes en tu frente,
Cuando despiertes porque tengas frío
Aquí te guardo un corazón candente.

"Un corazón que siente cuando lloras
El golpe de un turbión que en él se estrella.
Pero que es para ti nido de auroras,
De tu cielo incoloro única estrella.

"Un corazón que en delirante abrazo
Siente encenderse de su amor el grito,
Un corazón que sólo es un pedazo
Porque tú eres el otro, hijo proscrito".

Y de pronto, la madre mira al cielo,
Torna los ojos en redor... se espanta...
Hace tiempo que su hijo emprendió el vuelo...
Es sólo una visión que se levanta.

La visión de una madre que en martirio
Vió deshojarse su primer retoño,
Cual se enferma y sucumbe el tierno lirio
Con la escarcha primera del otoño.

Aún le parece verlo; en su mejilla
Siente el mimo infantil, tiembla su boca,
Llora, canta, da besos, se arrodilla,
Y los que pasan dicen: "Está loca".

"Tiene ratos así"—dicen las gentes;—
Y no saben al ver tan hondo hastío
¡Ay!... que todas las madres son dementes,
Pero locas de amor... de amor, Dios mío".

SAN MARTIN EN FRANCIA

San Martín en Francia

Ya en tu regazo estoy, ya en tu regazo
Puedo al fin descansar; ¡cuánto he vivido!...
¡Oh Francia! ¡vengo a ti, busco tu abrazo
Para morir dichoso en el olvido;
Mi corazón tan sólo es un pedazo,
El otro lo dejé donde he nacido,
Y ese pedazo que me presta aliento
Viene a morir aquí de paz sediento.

De paz sediento que en ciclópea guerra
Mis años de vigor se han consumido,
Y al pensarlo parece que en la tierra
Un sueño de laureles todo ha sido.
Tanto me amó la gloria que me aterra
Y en inmersión de gloria sumergido
Guardo en mi ser rapsodias de titanes
Como esconden su fuego los volcanes.

Pobre y solo he venido; un océano
Hay entre mí y entre la patria mía;
Mas por el nombre de este americano
Te besará la América algún día.
No puedo descorrerte yo el arcano
Que a tu playa me trae de lejanía,

Y aunque me ves tan muerto en ilusiones
Pudiera hacer mi tienda con pendones.

Más relatos que Ulises yo contara,
Más golpes de altivez yo te dijera,
Homero como a Aquiles me cantara,
Tu amor de libertad me bendijera;
Pero no, que quizá se malograra
El designio que impulsa mi carrera;
Sólo pido aire, y de tu sol el fuego,
Y que me entierres compasiva luego.

Francia amiga, este pobre peregrino
Que fatigado viene hollando mares
Sabrás quién es cuando en cantar divino
Te digan que ascendió entre luminares,
Que levantando el lábaro argentino
Le puso las montañas por pilares,
Y que llegó hasta los incanos puertos
Sobre volcanes y leones muertos.

Ah, mi vejez recoge, Francia amiga;
Recógeme en tu suelo hospitalario,
Siento en mi ser recóndita fatiga
Que me envuelve glacial como un sudario;
Yo no sé si habrá alguno que aún me diga
Que hice mal en venirme a tu santuario,
Pero cuando la luz huya en la tarde
Ni me dirán innoble ni cobarde.

Yo cumplí mi destino, ya está hecho;
Ya tres pueblos se yerguen soberanos;
Mi conciencia está limpia, limpio el pecho;
Calumnias... abyección, fantasmas vanos;
No quise por mi culpa ver deshecho
El fulgor que alumbró pueblos hermanos,
Y lleno de mortal melancolía
Una tarde grité: "adiós, Patria mía".

Adiós, pero en mi ser yo te llevaba;
¿Cómo, Patria, vivir sin ti pudiera?
Tu cielo abandoné pero guardaba
Tu hermosura, tu amor, tu gloria entera;
Tu grandioso destino me escoltaba
Invulnerable mi alma en tu bandera,
Y marchando al destierro sin enojos
Oprimí el corazón y hasta los ojos.

Te di la libertad y tu baluarte
Libertad dió también a otras naciones.
Oh Patria, nada más pude yo darte
Ni ofrecerte yo pude más blasones;
Jamás dudé mi vida en ofrendarte
Pero la muerte me negó sus dones;
¡Cuántas veces, ansioso yo quería
Morir en la batalla... y no moría!

Mas, tú lo sabes bien, tú bien conoces
Que yo y mis bravos al trepar el Ande
Por nieves y pináculos atroces
Donde tan sólo el huracán se expande.

Escuchamos de pie las roncas voces
De esa tumba soberbia, helada, grande,
Sólo que al punto que ella nos llamaba,
"No moriréis", la libertad gritaba.

Y vengo aquí a morir en este suelo,
Nido caliente del hogar latino,
A la luz cariñosa de este cielo
Implorando su amor al peregrino.
Oh Patria, cuando me halle sin consuelo
Lo encontraré en mi orgullo de argentino;
Sólo te pido de ambiciones lleno
Que lleves mis cenizas a tu seno.

FLOR NOCTURNA

Flor nocturna

Se durmió sin pensarlo el angelito,
Su pecho late apenas,
El mármol del palacio es duro y frío;
¿Son siempre así las gradas de las puertas?...

Su rostro amoratado con el tinte
De cárdenas violetas
Que estuviesen muriendo en su semblante
Como en límpida copa de azucena.

Abierto el pecho al vendaval helado,
Desnuda la cabeza;
Allá en el infinito muchos astros,
Muchos ángeles tristes en la tierra.

Tiene mal de cariño y se acurruca
En su propia miseria,
Como las flores que al llegar la noche
Sobre su mismo cáliz se repliegan.

Y mientras cruza sollozante el viento
Lloran quizá, o sueñan;
Llorar... soñar... ¿quién sabe la rapsodia
De ese llanto precoz cuajado en perlas?

Sin padre ha tiempo lo dejó el destino,
Flor en capullo seca;
Tiene madre, mas, ¡ay! tanto ha llorado
Que anegada en el llanto quedó ciega.

Dicen que era más linda que una rosa
Cuando en abril revienta,
Y eclipsaron las nubes sus miradas
Como eclipsan también a las estrellas.

Y aquel niño es la vida de su vida,
A él sus lágrimas llegan,
Y las enjuga con sus mismos labios
Con tantos besos como el pobre deja.

Y el rapaz inocente se ha dormido
De un palacio en la puerta;
¡Cuánto calor de alfombras hay adentro,
Cuántas frígidas ráfagas afuera!...

El gorrión acurrúcase en su nido
Y entre chirridos sueña;
Y hay ángeles tendidos en los diarios
Que vender no pudieron en la brega.

Habla... llora... delira ¿qué le pasa?...
Parece que ahora sueña:
"Mamá... mamá... no llores madre mía,
¿Ha mucho que me lloras y me esperas?

"Ya he vendido bastantes, madre mía,
Ya muy pocos me quedan,
No faltará para comer mañana;
En ti pienso, mamá, por Dios, no temas."

Y sus palabras al brotar trementes
En su boca se hielan
Como caireles de virgínea escarcha
Que de sus labios oscilantes cuelgan.

¡Qué triste el mundo, oh Dios!, cuando del teatro
Los millonarios vuelvan
Acaso digan empujando al chico:
"¿Qué haces aquí, pillete?, no te duermas."

¡Oh, qué páramo el mundo.. qué perverso!
Qué triste la pobreza
Cuando hay hombres que duermen entre plumas
Y niños que se duermen en su puerta.

Pasionaria de la guerra

Alba sin sol; hace frío, densa niebla cubre el suelo,
En la tierra muchas ruinas y ni un pájaro en el cielo.
Y va un niño caminando, al viento va su melena,
Son sus pies raras magnolias en sangre y nieve teñidas,
Y en su rostro se adivina
Que su almita de diez años de amargura marcha llena.

Su mirar lampo tremente
De centellas encendidas
Con tristísimos destellos,
Cuando caen sobre su frente
Los rubicundos cabellos.

Marcha... marcha...
Y como vidrios quebrados
Se escucha el ruido de la limpia escarcha.

Anoche fué un estampido quien hizo su casa arder;
El gritó y huyó del fuego,
Su madre no contestaba;
Azorado volvió luego
y halló marchito cadáver la madre que tanto amaba

Y sigue el rapaz nimbado en gasa gris de neblina,
Mil gotas se han condensado en su cabeza y al verlas
Resbalando por su pelo
Parecen polvo de perlas
Que le tirasen del cielo.

Marcha... marcha...
Y como vidrios quebrados
Se escucha el ruido de la limpia escarcha.

Jadeante y atolondrado ni siente quizá el frío
Que hizo morir a las aves a pesar de tanta hoguera.
Va pensando que su padre al partir bajo bandera
Le dijo: "Voy, hijo mío,
A la brigada tercera,
A defender la trinchera
Del otro lado del río".

Va pensando y va soñando que su padre no habrá muerto;
Y aunque envuelto de la niebla en los destemplados tules,
Nuevo vigor arde en su alma, como si un pájaro abierto
Quisiera darle alegría sus alas batiendo azules.

Marcha, marcha...
Y como vidrios quebrados
Se escucha el ruido de la limpia escarcha.

Ya está cerca, hondos bramidos
Se escuchan, arde la loma
Con mil rayos encendidos;
Un torbellino de incendios en el horizonte asoma.
Cada segundo revienta
Un tronar como si fuese de satánica tormenta.

Caterva de hombres se lanza
A conquistar la trinchera,
Choca con otra caterva que sale corre y avanza;
Se arrojan bombas que aturden; gritan, caen, vuelven
[a alzarse
Los batallones adversos,
Y el niño aterrado piensa, si acaso serán demonios
Que están jugando a matarse
Como los niños perversos.

Después otra vez como antes, sólo que en moles extrañas
Palpitan aún las entrañas
En aquello que fué prado,
Y tanta muerte se hacina
Que hasta el sol avergonzado
Se escondió tras la neblina.

El niño se arrastra... llega... en la trinchera al fin
[toca.
Su padre!... ¿será su padre aquél que oprime en la boca
Pañuelo en sangre empapado?
"¡Papá... papá de mi vida!, ¿estás muerto o lastimado?
"Mamá murió: ¿tú también?, ¿es el mundo tan impío?"
Y al vibrar otra descarga, "papá"... repite el chicuelo
Mientras cae bañado en sangre...
—Yo también muero, hijo mío!...

El sol desborda en reflejos,
Se esfumó la niebla fría,
Los cañones truenan lejos
Como infernal elegía.
Campo yerto; el río bulle con turbia y roja corriente;
Algo hay que gime y que implora;
Es que el universo llora
Por tanta sangre inocente.

En la selva

Voy con el hacha en la mano para romper la maleza;
Voy con sudor en mi frente y en mis labios la canción;
Si me punzan las espinas, si me daña la corteza,
Cauterizo mis heridas con fuego del corazón.

Trabajo, lloro, me río y anegado en mis sudores
No me importa que en el mundo repercuta o no mi voz;
Que en mi pecho hay esperanzas, cantos, lágrimas y amores,
Y en mis ansias de gigante sólo me rindo ante Dios.

No me importa...; voy rompiendo de la selva los zarzales;
Voy con el hacha en la mano y en mi semblante el sudor;
¿Qué me importan los reptiles si me cantan los zorzales;
Si es mi lira el Universo, si me abismo en su esplendor?

¿Qué me importa a mí del mundo si entre gramas y entre
[espinas
Me recuesto al pie de un tronco mientras descanso a soñar,
Y apiñadas me dan sombra las alegres golondrinas
Por tejerme una guirnalda, por aprender mi cantar?

Qué me importa, si en la margen me recuesto de la fuente
Y mi sangre va a mezclarse con su límpido licor,
Y juntos van refrescando el bosque, el prado, el ambiente,
Y juntos van esparciendo sangre, vida y esplendor?

El huracán es mi amigo, los revueltos nubarrones
Nunca asustarme pudieron con su ronco rebramar;
No hay estrella que me oculte sus fulgentes ilusiones,
No hay lucero parpadeante que no me mire al pasar.

Y voy marchando, marchando con los músculos heridos,
Siendo el éter mi palacio, mi ambición... la inmensidad;
Sólo perdono las ramas donde hay panales o nidos
Y los resguardo con hojas si asoma la tempestad.

Adelante pecho mío; nada te arredre, adelante!
Jamás el rayo te ciegue ni te estremezca el turbión;
¿Qué importa que con la nieve gima el gajo crepitante
Si tu alma es un sol eterno y un volcán tu corazón?

Cuando os digan que en la selva está el cadáver tendido
De un hombre que entre cantares, hacha en la mano murió,
Si hay una flor en su frente y sobre su pecho un nido,
Alzad por mí una plegaria; ese cadáver soy yo.

¡Oh hermana Muerte!...

Oh muerte, cuando vengas yo prefiero
Me avises, por favor, para enjoyarme;
Pues como a todos quiero yo te quiero,
Y es propio a tu visita engalanarme.

Llama fuerte a la puerta y grita: "amigo",
No vengas repugnante y descarnada,
Feliz si puedo yo marchar contigo
Con el alma de luz transververada.

Ven hermosa, sonriente, complacida
Como arcángel del cielo descendido.
Que vienes a ordenar nuestra partida
Cuando aquí la misión se haya cumplido.

Ven y llama que yo estaré en mi puesto;
Tómame con cariño de la mano
Y después dime: "vamos, vamos presto",
No me digas ya amigo, dime "hermano".

Después de madre, hermano es lo más tierno;
¿Por qué pintarte descarnada y mustia
Si tú nos traes el despertar eterno
Después de breve angustia si hay angustia?

Pero tarda en venir, te lo suplico,
Mientras pueda endulzar penas y llanto;
Después llévame ya... ya estaré rico;
Vivir sin hacer bien es un quebranto.

Y llévame en la nube sonrosada
Que posible, quizá, fuera formarse
Con mucha, mucha lágrima enjugada
Si hubieran alcanzado a evaporarse.

Juana de Arco

Dulce doncella, épica virgen,
Flor la más pura, toda fragancia,
Sin una espina, sin una sombra,
De un ramillete llamado Francia.

Doncella dulce, doncella hermosa,
Astro de un cielo lleno de amores,
Astro que filtras cien esperanzas
En cada lampo de tus fulgores.

Dulce doncella... doncella hermosa,
Llama incendiaria que no hizo daños
Y terminaste con tus flameros
La larga noche de los cien años.

Tierna doncella, brava heroína,
Toda celeste fué tu arrogancia;
Siempre inefable, siempre divina,
Siempre soñando con Cristo y Francia.

Todo lo bello fuiste en tu vida:
Angel, flor, astro, libertadora,
Tan virgen pura cuando moriste
Como niñita cuando pastora.

Tan virgen pura cuando en visiones
Con Dios hablabas en la pradera,
Como en los triunfos y en las prisiones,
Como a caballo, como en la hoguera.

Pues siempre Cristo vivió en tu mente,
Pues siempre Francia vivió en tu seno,
Fuiste de Cristo la mensajera
Y ángel de Francia, de gracias lleno.

Tierna doncella, brava heroína;
Toda celeste fué tu arrogancia;
Siempre inefable, siempre divina,
Siempre soñando con Cristo y Francia.

Francisco de Asís

En ansia de amores tembló el universo,
Vibraron los mares, los astros, las selvas,
Los hombres sintieron vibrar sus entrañas:
Llegaba Francisco, el mágico asceta.

Tenía en sus labios panal de sonrisas,
Y bajo su veste de ruda estameña
Ardían volcanes de amor jamás visto
Que tenían por lava jugo de azucenas.

Tenía en sus ojos más luz y más pálida
Que esas delirantes pálidas estrellas,
Y en la noche amarga cuajaban rocío
Surgiendo las rosas de las mismas piedras.

Los lirios, los cardos, las fieras, las aves,
Todos a su paso hermanitos eran,
Que fué el mismo Padre quien todo lo hizo,
Auroras y noches y lobos y ovejas.

Trasuntó de Cristo la esencia sublime,
Trasuntó de Cristo las enormes penas,
Y hasta el mismo cuerpo todo era un trasunto
Sus pupilas grandes y su barba negra.

Y su gesto blando, y su andar divino,
Y hasta sus nostalgias todas nazarenas,
Y hasta sus dulzuras llenas de misterios
Y hasta sus palabras de perdón repletas.

Y su rostro diáfano, y su erguida frente,
Sumisa y grandiosa, humilde y protea,
Como esas cimeras de augustas montañas
En que posa el rayo y la aurora juega.

Y por eso Cristo que lo vió tan suyo,
Inmenso en amores, sublime en pobreza,
Le imprimió su sello con sus cinco llagas,
Y quizá su sangre también le infundiera.

Oh Padre Francisco que vas por la historia
Amor desplegando por toda bandera,
Abrasa mi entraña, hazme otro Francisco,
Déjame besarte cuando pases cerca.

¿Quiénes no lloran?

Muchas veces lloré... lloré despierto,
Y miente quien lo tome a cobardía,
Sólo no llora el tigre ni la arpía
Ni el que por corazón tiene un desierto.

Dios porque es Dios no llora, ello es muy cierto,
Ni Luzbel, porque tal ya no sería
Si un instante pudiera cualquier día
Llorar su antiguo amor por siempre muerto.

Héctor, Aquiles, el excelso Priamo
Y Jesús cuando Lázaro muriera
Lloraron todos en el mismo tramo:

Y es ley de la natura madre sabia
Que quien finge valor sin llanto afuera
Vierte por dentro lágrimas de rabia.

¡Qué bueno eres, Señor!...

Qué bueno eres, oh Dios. Mientras un hombre
Hoy te negaba con palabras necias,
Tú, que ni al cóndor ni al reptil desprecias
Cual si no te llegaran sus agravios
Seguías dándole vida,
Ritmo a su corazón, risa a sus labios.

Qué bueno eres, Señor, seguían los mares
Cantando tu grandeza;
Seguían los luminares
Nimbando con su luz nuestra cabeza,
La inmensidad a gritos te aclamaba,
Y un átomo tan sólo,
Soberbio con el alma que le diste,
En ultraje inconsciente te negaba.

Qué bueno eres, Señor, mientras un hombre
Pugnaba por no ver tus maravillas
Te adoraba mi mente de rodillas!...

Qué bueno eres, Señor; si alguien te niega
Sigues dándole sol, pan, agua y vida,
Sin que en el mundo colme tu medida
El hijo ingrato que de ti reniega!...

Un hombre te negaba, hasta una rosa
Que en su pecho pendía
Luchaba por morir... y no moría.

Qué bueno eres, oh Dios, el universo
Cómo antes proseguía,
Sólo que si antes yo con fe te amaba
Aún mucho más después yo te quería.

Y me sentí más bueno en la jornada,
Pues me sentí con corazón de madre;
Y no sé con qué voz divinizada,
Clamé desde mi cruz ensangrentada:
Oh, perdónalos, Padre!

Domingo de Guzmán

(En el VII centenario de su Orden Religiosa).

Domingo de Guzmán... el pecho mío
Al quererte cantar siente tristura;
Mi mente, de un querub quisiera el brío,
De las mieles del Hibla la dulzura.

Viniste con el ímpetu que tiene
Bravo león que por la selva asoma;
Pero también viniste como viene
Derramando ternura una paloma.

Tu rugido de león fué tumultuario
Y cayó prosternada la herejía;
Tu rumor de paloma fué el rosario
Y el orbe entero dijo: "Ave María"...

Fuiste león y paloma, ángel y atleta;
Inmensos tu ternura y tu coraje;
Tienes más luz que cabe en la paleta
Y más fuerza que el mar en su oleaje.

Por escucharte agólpanse las brisas;
Te contemplan los ángeles si imploras;
Cuando ríes recogen tus sonrisas
Y atesoran tus lágrimas si lloras.

Fué asaz bizarro de tu ciencia el vuelo,
Siempre tu corazón nido de amores,
Tu alma incontaminada, flor de Cielo;
Tu angélica virtud... cielo de flores.

El Apóstol creyérate su hermano,
Siglos y siglos llámante gigante;
Genio te llama el pensamiento humano,
La Iglesia su magnífico rampante.

Quiero encontrarte un nombre, vano empeño,
Si te quiero cantar tiembla mi canto.
Quisiera enaltecerte... todo sueño;
Tanta es tu gloria, tu destello tanto

Diste al mundo un jardín, jardín divino
De nuestra Fe en la sacrosanta cima;
Tiene una flor que es sol... Tomás de Aquino,
Y una rosa de luz... Rosa de Lima.

Diste al mundo un ejército aguerrido
Hecho a la lucha, al triunfo, a los laureles
Cuyo lábaro oscila suspendido
De alboradas sin cuento entre arambeles.

De tu Orden en el nuevo centenario
El Cielo canta en magna sinfonía;
"Gloria al héroe Guzmán, gloria al Rosario".
. . . . . .
La Tierra le contesta: "Ave María."

Pasó peregrinando por mi puerta

Triste, apesadumbrado, macilento,
Llamó a mi puerta y me miró angustioso,
Y con tanta fatiga aún era hermoso
E inefable su voz como un lamento.

Sentí que algo quemó mi pensamiento
En ansias de ser grande, generoso,
Como en un sueño me sentí coloso
Y como nunca me sentí contento.

Puse en su mano mi óbolo más fino,
Y en mi efusión por darle algo divino
Mi alma le dí también de amor abierta.

Se fué, y aún me estremezco de consuelo
Al pensar que Jesús dejando el Cielo
Pasó peregrinando por mi puerta.

Ven otra vez, amado peregrino,
Que me miraste apenas y te fuiste;
Recuerda que si tú de amor me heriste
Yo te pagué con galardón divino.

Ven otra vez; pero entra, hay pan y vino;
Por tú no haber entrado me hallo triste;
Para el milagro aquel en que te diste
Blanca está mi alma y de mi mesa el lino.

Hablaremos de amor, si tu amor quiere.
Ya sabes que por ti siento en mí mismo
Placer cual no es posible tan jocundo:

Diremos del amor que el amor muere,
Que abrumado en su propio escepticismo
Por falta de tu amor se muere el mundo.

Ante "El Libertador", de Alice[1]

Firme sobre la roca. El mar sereno
Se siente chico y a sus pies dormita.
Su mirada genial es infinita;
Piensa en su patria de nostalgias lleno.

Del sol muriente llega hasta su seno
Ráfaga de fulgor que en él palpita,
Se eleva y en su rostro deposita
Gesto inmortal de pequeñez ajeno.

Así el asta oprimió de su bandera
Como oprime el bastón... Viento soplando
Su capa extiende en ala condorina.

Al mirar ese lienzo alguien dijera
Dos soles al morir se están besando
En la aurora triunfal de la Argentina

(1) El gran lienzo del pintor Antonio Alice que representa a San Martín en Boulogne-Sur-Mer.

Padre ermitaño

Oh, canta y reza, dulce ermitaño,
Que somos muchos los que te oímos;
Ni tu aspereza nos hace daño,
Ni al contemplarte pena sufrimos.

Oh, canta y reza, que mientras cantas,
Tú que las dichas del mundo eludes,
Ambicionamos tus dichas santas,
Sentimos ansias de tus virtudes.

Oh, canta y reza; tu dulce canto
Trae a nuestra alma raros placeres;
Nos sonreímos, vertemos llanto,
Se purifican nuestros quereres.

Padre ermitaño, tu gloria es mucha,
Sigue vertiendo tus melodías
Hoy que en la tierra sólo se escucha
La orquesta infame de las orgías.

Tu cuerpo puro daña y macera
Día tras día, año tras año;
Al verte se ama, se cree, se espera:
Sigue en tu celda, Padre ermitaño.

El poema de Estelita

(En memoria de la niñita Estelita Otamendi).

Diez años de existencia... era tan pura...
Empezaba a surgir, y era tan bella
Como el rayo primer que al mundo envía
De su fanal de luz, lejana estrella.

Quizá mientras el rayo de un lucero
Quiso posarse en una margarita,
Juntó Dios el candor y la hermosura
Y como una ilusión nació Estelita.

Fué encarnación fugaz de la inocencia
Y al ver su ser ante Jesús postrado,
La creyerais visión del Paraíso
O un serafín del cielo desterrado.

Y si la contemplarais con los pobres
Su corazón de caridad deshecho,
Dijeseis que el Señor puso, al hacerla,
El corazón de Asís dentro su pecho.

El hombre más protervo, en sus pupilas
Libaba cielo, de bondad cautivo;
Tenían sus ojos suavidad profunda
Y el color de la fruta del olivo.

¡Oh, la vierais jugar vertiendo risas
Suelta la negra seda del cabello,
Que flotaba en hechizo tembloroso
Sobre el raso blanquísimo del cuello!...

Mejor que niña acaso os pareciese
Virgen de Grecia en mármol del Pentélico;
O aún más, un ángel que escapó a escondidas
De un cuadro celestial de Fray Angélico.

Al besar a sus padres había en ella
Unción eterna en ósculo cuajada;
Y en sus labios purísimos el zumo
De una poma en sazón recién cortada.

¡Qué dicha en el regazo de sus padres,
Todo su amor en ellos sumergido,
Fundiéndose en un lampo las tres almas
En el dulce trinar de un mismo nido!...

Su encanto terrenal eran las flores,
Y entre ellas, su pasión, la margarita;
Acaso comprendió que eran hermanas
Su modestia gentil siempre exquisita.

O vió a la margarita alguna noche
Sus congojas contando a las estrellas,
Y como era Estrellita compungióse
Y su placer más puro puso en ellas.

. . . . . .

Una mañana el sol nació muy triste,
Mas en la Gloria gozo inmenso había;
Una sonrisa iluminó unos labios,
En un rostro una lágrima corría.

Estelita gritó: "Papá, me llaman;
Los ángeles, papá... su voz escucho"...
Y deshojando blanca margarita,
Papá... mamá... me voy... os quiero mucho".

Y se fué, remontó rumbo a la altura;
Todo es silencio, soledad, vacío;
Lluvia de margaritas sobre el lecho,
Llanto en los ojos y en las almas frío.

Luego la madre se marchó tras ella:
El hogar como iglesia abandonada.
Señor, dale consuelo al que ha quedado
Que es muy dura... muy dura la jornada.

Cantaba un viejo

Pobre mi corazón, en paz vivía,
Y se sintió de pronto estremecido:
Un pájaro llegaba, y al posarse,
El gajo tremuló recién florido.

Si el ceibo visteis palpitar de dicha
Cuando cubierto de encendidas flores
Siente en la entraña mismo de su fronda
Arpegiar la calandria, toda amores.

Pensaréis lo que fué el ave llegada
Al fundirse en sus ansias mi latido;
En un instante desgranó cien trovas,
Y en otro instante fabricó su nido.

Y después... ah, después, tercer instante,
No vi sus hermosuras peregrinas;
De su voz sólo me dejó el recuerdo,
De su nido, tan sólo las espinas.

Eterna historia, siempre te repites;
Igual la dicha, igual las ambiciones,
Igual el corazón, gajo florido,
Igual las aves, ay, las ilusiones.

Patria y Caridad

La caridad de Cristo y mi bandera...
Las dos son Cielo... hermanas son las dos:
Dios a Belgrano le otorgó la Enseña,
La otra brotó del corazón de Dios.

Belgrano en sueños dijo al contemplarla:
"Que jamás palidezca tu esplendor;
Bandera de los libres, eres GLORIA;
Bandera de mi pueblo, eres AMOR".

Desde entonces voló sobre la Tierra
Derramando en el mundo LIBERTAD;
Desde entonces doquier flotó triunfante,
Derramó sobre el pueblo... CARIDAD.

¡Gloria y Amor!... surgió nuestra bandera,
Así bañada en explosión genial,
Lo mismo hay patriotismo en el guerrero
Que en la mujer que es luz de un hospital.

Lo mismo hay patriotismo en el valiente,
Que en sueño azul y blanco va a morir,
Que en el alma que dice a un miserable:
—Quieres que te acompañe yo a sufrir?...

Porque todo es el sueño de Belgrano;
Porque es grande la sombra del dolor;
Porque la gloria inmensa de la Patria
Fué una gloria inmortal... la del AMOR.

Argentinos, sed grandes siendo buenos,
Del náufrago teniendo compasión,
De LIBERTAD ardiendo vuestra mente,
De CARIDAD repleto el corazón.

Columbrando en el sol de nuestro lábaro
Un arambel de sempiterna luz;
En su rumor un eco de victoria,
En sus pliegues un beso de Jesús.

Argentinos, sed grandes... mucha gloria.
Argentinos, sed buenos... mucho amor,
Que si es valor morir en la batalla,
Un abrazo al doliente es más valor.

Y que al morir, cuando abracéis el lábaro,
Jamás ensombrecido hayáis su luz:
El os dirá secretos de ventura
Entre el rumor de un beso de Jesús.

¿Qué es la Dicha?

En todas partes visible
Sin encontrarse en ninguna.
(*Selgas*).

Es la lágrima vertida,
Es la ilusión dibujada,
Es la esperanza soñada,
Es la edad que fué vivida.
Es una estrella escondida,
Algo que en luz nos anega,
Es una voz que nos ruega;
Es cualquier cosa... y no es nada:
Voz que nos dice encantada:
Ya llegaré... y nunca llega.

Algo que se ve mejor
Cuando se cierran los ojos;
Es un prado sin abrojos,
Es un cielo seductor;
Un amigo bienhechor,
Una quimera que se ama;
Es la recóndita llama
De un corazón que nos quiere,
Es algo que nace y muere
De nuestra vida en la trama.

Es un ave que cantando
Cruza envuelta en la bonanza,
Y lo que ve en lontananza
Una niña suspirando.
La góndola que temblando
Se mece sobre la espuma,
La tarde cuando se esfuma,
La alborada purpurina,
La emigrante golondrina
Y el misterio de la bruma.

Y es más que todo el consuelo
Del alma que entre aguijones
Va alumbrando corazones
Con relámpagos de cielo;
Del que derrama en el suelo
Un amor en cada hastío,
Un ardor en cada frío,
Un bálsamo en cada herida,
Y en cada ilusión caída
Una perla de rocío.

Guijarros y abrojos

Hombre que marchas como yo he marchado
Por erial de guijarros y de espinas;
Entre las piedras hay piritas de oro
Y entre las zarzas aves cantarinas.

Y aunque no las hubiera, al fin de todo,
En pos del padecer y las ordalias
Al guijarro dirás: me hiciste intrépido.
Y al abrojo: aromaste mis sandalias.

A los que pasan

No detengas tu paso... adelante!:
Si la ciencia tan sólo te encanta
No detengas tu paso por verme,
No valgo la pena; prosigue tu marcha.

Mas si buscas el rayo encendido
Que hielos derrite, que alegra las almas,
Si ambicionas hallar un amigo,
Si buscas un pecho que sienta tus ansias;
Si más que cerebro tan frío... tan frío,
Corazón tu existencia demanda,
Detén, transeunte, te pido una pausa;
Háblame tu lenguaje, te entiendo,
Dime algunas... algunas palabras,
Hallarás en mi ser lo que buscas;
Y después... sigue, sigue tu andanza;
Aunque muchos jamás te comprendan
Hallaste un hermano; prosigue tu marcha.

Los leones del colegio[1]

Como en arranque de un vuelo,
sobre firmes altazones
están esos dos leones
sus ojos con rumbo al cielo.
No sé qué sublime anhelo
en su ademán se adivina;
mas del alma en la retina
de mirar nos queda en pos
mucho de gloria de Dios
y de grandeza argentina.

Yo los he visto a la aurora,
yo los he visto a la tarde;
siempre hay algo en ellos que arde,
siempre un ansia los devora.
Y cuando el rayo los dora
desde el cenit con su hoguera,
paréceme que allí hubiera
un nimbo de nuestra gloria,
un girón de patria historia
del Colegio en la cimera.

Cuando la tormenta brama
y los rayos culebrean,
entonces ellos jadean
en la fatídica llama.

(1) El histórico Colegio de la Inmaculada Concepción, en Santa Fe, donde estudió el poeta.

Parece que aún más se inflama
su imperturbable osadía;
porque luego al otro día
se agitan sus corazones,
y son sus palpitaciones
rapsodias de bizarría.

"Aquí, sobre las murallas,
en el sitial más egregio
de este fúlgido Colegio
somos —dicen—atalayas.
Ni el soplo de cien batallas
con su furor nos derriba;
y si abajo en suerte esquiva
algún doncel contemplamos,
con un rugido gritamos:
"¡Colegiales, hacia arriba!..."

"Siempre de la altura en pos
surja vuestro pensamiento
que arriba está el firmamento
y arriba se encuentra Dios.
Desde aquí nosotros dos
os queremos enseñar
que Dios al hombre al formar
si de vil barro lo crea
le da corazón e idea
para que pueda volar.

"Nos dió del cielo esas galas,
que son divinos girones;
hasta morir sed leones,

pero leones con alas.
Podrá por traidoras balas
vuestro pecho ser herido;
mas no podrá ser vencido
si os alumbra en la jornada
la luz siempre inmaculada
de este Colegio querido.

"Sed hombres de fe sonante;
de vuestra acción dejad huellas,
pero con polvo de estrellas,
que hasta el polvo sea chispeante.
Y que hasta el golpe pujante
de los embates hostiles
se rompa en cánticos miles
de grandeza soberanos,
como los golpes troyanos
sobre el escudo de Aquiles.

"La justicia en la conciencia.
En vuestras venas ardor.
Y Dios mágico fulgor
de vuestra heróica existencia.
De perdón, luz y clemencia
vuestro labio desbordante;
con el vencido, arrogante
no os contemple el sol, jamás;
el miedo siempre detrás,
el deber siempre delante.

Rebose vuestra craptera
llena de miel perfumada

para el ser que en la jornada
ni en sueños vió primavera.
"Amor": con esa bandera
envolved al adversario;
"Amor", grito tumultuario;
"Amor", que es triunfo y es cruz
y es epitafio de luz
sobre cualquier tumulario.

"Sólo así seréis de raza
del que al triunfar no se engríe;
del que al morir se sonríe
y al que ve tendido, abraza.
Del que en la vida entrelaza
la gloria a su corazón,
del que ostenta cual blasón
de una existencia fulgente,
mucho de Dios en la frente
y en su ser mucho de león".

. . . . . .

Después los leones callan
y en sus contornos el sol
teje mallas de arrebol
y besos de luz estallan.
En sus huecos se amurallan
el gorrión, la golondrina;
y en su altura peregrina
son aspiración e historia:
Todo de Dios por la gloria
y por la Patria Argentina.

Plegaria por la paz

Nazareno Jesús!, la paz te imploro
Para esta humanidad enloquecida,
Que en mar de sangre bebe su exterminio,
Nazareno Jesús, fuente de vida.

Negra noche la envuelve, todo es negro;
En cruel ponzoña su conciencia tinta;
Alúmbrala, Señor, con tus fulgores,
Nazareno Jesús, luz inextinta.

Los que antes eran hombres hoy son tigres
Que se alimentan de odio y de rencores;
Otra vez dales a beber tu sangre,
Nazareno Jesús, nido de amores.

Pues que quisiste a todos, oh Dios mío,
Pues en todos soñaste en el calvario,
Blanco y eterno pabellón de dicha
Despliéguese en el mundo tu sudario.

Y si después aun hay quien quiera sangre,
Y haga tronar con rabia los cañones,
Y goce al ver en campos enemigos,
Manantiales de sangre a borbotones,

Arranca, oh Dios, la mano del madero,
Llévala hacia tu pecho destrozado,
Y diles otra vez: "basta de sangre,
Aquí está la de un Dios crucificado."

Así quizás tus hijos sean tus hijos;
Quizá ya no serán tigres hircanos;
¡Oh Jesús Nazareno! a ver si entonces
Los cristianos del mundo son cristianos.

Si es menester, oh Cristo, haz el milagro
Que las armas mortíferas no hieran;
Ah... pero no, te pido otro más grande:
Que los hombres se quieran... que se quieran.

FLOR DE MI CULPA

Flor de mi culpa

Me llamaron rebelde y anarquista;
Señor ¿en qué he pecado?...
¿Quizás en perdonar al miserable,
Quizás en bendecir al desgraciado?

Me llamaron rebelde y anarquista:
Yo no entiendo por qué, Jesús bendito.
¿Fué acaso porque usé de tus bondades,
Porque tu amor a todos llevo escrito?

He aprendido de Ti, Jesús de mi alma,
A defender al triste que ha caído,
Al que hambre tiene de tu luz divina,
Y de pan... y de amor... y de vestido.

He aprendido de Ti, Jesús de mi alma,
A pregonar que todos son hermanos:
He aprendido a tener misericordia,
A compartir el pan con publicanos.

¿Es pecado que yo haga lo que hiciste?...
Oh, si en mis ojos es la única arista,
Yo perdono las vigas en los suyos:
¡Oh Jesús, que me llamen anarquista!...

El peregrino cristiano

Marchar... marchar hacia el lontano inmenso,
Sembrando amor y recogiendo espinas,
Siendo el perdón perfume de mi incienso
Y el olvido mi cofre de resinas.

Marchar... marchar, y de mi pecho herido
Verter canciones de perdón y gloria;
Así quiero en mi muerte haber vivido,
Sin otro recordar, sin otra historia.

Sembrando al paso de mi hermano flores,
Todo ser para mí siendo mi hermano;
Tendiendo a todos mi tapiz de amores,
Por perdonar tan solo alzar la mano.

Siendo en la noche del dolor ajeno
Luciérnaga que va trazando espiras;
Y en su páramo triste el agareno
Que canta aunque su jaique esté hecho jiras.

Siendo la brisa que al pasar perfuma,
Sin pedir galardón ni dejar huella:
Para las turbias ondas, blanca espuma;
Para la envidia, el rayo de una estrella.

Señor, si alguna vez a tu grandeza
Plugo mi amor, mi acento oye votivo:
Que, implorando, se doble mi cabeza
Por los que mal me hicieren sin motivo.

El gran brindis

Soñaba que después de tanta guerra
Y de tantas venganzas infernales,
Por fin... por fin los hombres se querían:
Destrozaban cañones y puñales,
Y en banquete de amor todos bebían
El licor de las fiestas fraternales.

Banquete inmenso. Allá en la cabecera
Un hombre de ondulada cabellera:
En su mirada el mundo se fundía:
Límpida copa de cristal alzaba,
Y despacio, despacio la llenaba
Con las gotas de llanto que vertía.
Y brindó de esta suerte: "Este es el llanto
Que arrancan de mi ser vuestros rencores:
Aunque lo véis en copa, es tanto, tanto,
Que podéis apagar vuestros ardores,
Purificar la tierra en sangre tinta,
Y aún esta copa quedará inextinta."

"Hace siglos brindé con propia sangre,
Mas tanta por desgracia habéis vertido,
Que hoy brindo con mis lágrimas divinas;
Cumplid, pues, que jamás habéis cumplido
El Amor, que es la luz de mis doctrinas."

"Yo doquier enseñé, fué el mundo ingrato:
Maldije el egoísmo y la venganza;

El Amor... el Amor es mi mandato,
Flor de dichas, reguero de esperanzas.''

''Hombres soberbios que nadais en oro;
Escarnio del dolor que al mundo anega;
Pobres hermanos de harapienta ropa
Que soñáis con un sol que nunca llega;
Sed felices, bebed todos conmigo
Mezclando en esta copa de mi lloro
El sudor y el champán de vuestra copa:
Es tiempo ya de que os sintáis hermanos,
Pues sólo parecéis tigres hircanos''...

Y por fin ya los hombres se querían:
Destrozaban cañones y puñales,
Y en banquete de amor todos bebían
El licor de las fiestas fraternales.

Rubén Darío

Pájaro azul de cantos inmortales
Que llenó los espacios con su trino,
De risa o de dolor, como el beduino
Que canta y vive atravesando eriales.

Ave nueva en matices siderales,
De la belleza apóstol peregrino,
Dejó Patria y hogar tras su destino
Que era brindar al mundo sus panales.

La humanidad ciñóle con su abrazo
Cuando su cuerpo descendió a la fosa
Y su alma remontó en gigante brío,

Muriendo encantador en el regazo
De su gran Dios y de su patria hermosa.
. . . . . .
Ese hombre se llamó RUBÉN DARÍO.

INDICE

Indice

Propileo (J. J. de Soiza Reilly) ..... Pág. 7
Carta del Dr. Ricardo León ..... » 13
¡Aquí van! ..... » 17
¡Soñaba con Primavera! ..... » 19
Flor de perdón ..... » 23
Flor de la calle ..... » 27
Al mar ..... » 33
¡Llegará! ..... » 41
¡Oh estrellas... estrellas! ..... » 47
Hablando con un ave ..... » 50
Las flores ..... » 52
Dame conformidad ..... » 55
Mirando a un condiscípulo bohemio ..... » 56
Loca de amor ..... » 61
San Martín en Francia ..... » 67
Flor nocturna ..... » 73
Pasionaria de la guerra ..... » 76
En la selva ..... » 79
¡Oh hermana Muerte! ..... » 81
Juana de Arco ..... » 83
Francisco de Asís ..... » 85
¿Quiénes no lloran? ..... » 87
¡Qué bueno eres, Señor! ..... » 88
Domingo de Guzmán ..... » 90
Pasó peregrinando por mi puerta ..... » 92
Ante «El Libertador», de Alice ..... » 94
Padre ermitaño ..... » 95
El poema de Estelita ..... » 96

Cantaba un viejo..... Pág. 99
Patria y Caridad..... » 100
¿Qué es la Dicha?..... » 102
Quijarros y abrojos..... » 104
A los que pasan..... » 105
Los leones del colegio..... » 106
Plegaria por la paz..... » 110
Flor de mi culpa..... » 115
El peregrino cristiano..... » 117
El gran brindis..... » 119
Rubén Darío..... » 121

OBRAS DEL AUTOR

Hojas del corazón

(2da. edición)

Páginas del Alma

(3ra. edición)

Hablando con un ave y Loca de Amor

(Tiraje en folleto de la Revista Estudios)

Flores de un Otoño

(Editada por la Casa A. Molinari)

EN PREPARACION

Discursos y Conferencias

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
7797
D8F5 Durán, Alfonso
Flores de un otoño

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 11 08 06 025 3